

1

A pesar de los consejos de su madre, de las horas que había invertido en ensayar el discurso y de la profecía que lo amparaba, Rick había acudido a la reunión muy nervioso. Estaba convencido de que había llegado la hora y era lo mejor para la ciudad, pero el problema no era él, ni su querida madre, que lo apoyaría en todo y usaría su gran influencia y poder, sino el resto. Ese pueblo olvidado y marginado que aún esperaba, con un poco de esperanza, el resurgir que tanto anunciaban las profecías.

Debía convencerles de que estaba preparado y que la confianza que depositarían en él no sería traicionada. Una vez terminada la charla, estaba más tenso aún. Le sudaban las manos y el corazón no le palpitaba, sino que le galopaba desbocado en lo que parecía un amago de infarto.

—¿Cómo ha ido? — preguntó Lucía, su madre.

—Bien... creo — dijo él.

—Debes estar más seguro de ti mismo y hablar con autoridad — recordó ella.

—Lo sé — él suspiró.

—No has entrado ahí para convencerlos de tu coronación y la fundación de la nueva ciudad, has venido para comunicar que se realizará, sin ninguna discusión pues tú eres el elegido — su madre habló seria y decidida.

—Ojalá lo viera de la misma manera que tú, madre — dijo él mirando la Luna.

—Lo harás, Rick. Solo date tiempo — le besó la frente — serás un gran gobernante.

Poco convencido vio como su amada madre se alejaba en dirección a su casa. Había vivido tanto y poseía tantos conocimientos sobre la magia que lo asustaban.

¿Y si no estaba a la altura del cargo? ¿Y si se habían equivocado y sus poderes no eran tan grandes? A su mente regresaron, como dardos envenados, las palabras de su retorcida hermana Marta. Todas aquellas veces en las que se mofaba de sus cualidades psíquicas y lo humillaba acusándolo de ser un farsante y no un elegido.

Observó las estrellas con los ojos humedecidos y recordó, en contrapunto, otras palabras, pero esta vez de apoyo, las palabras de su amada Shiva, que siempre había creído en él y lo había apoyado en todo, alentándolo a practicar, a ser mejor y a luchar contra el veneno de su hermana y el suyo propio, disfrazado bajo la capa de la inseguridad. ¡Oh! Su amada Shiva, tan cerca y al mismo tiempo tan lejos, que le partía el alma en mil pedazos.

De pronto vio una estrella fugaz y cerrando los ojos con fuerza pidió un deseo esperando que le fuera concedido.

—Rick — dijo una voz a su espalda.

—Nadir — respondió el recuperando la compostura — ¿Cuál es el veredicto?

—Eres el nuevo gobernante por unanimidad y esta es tu ciudad. Bienvenido a Psicosis — aseguró el anciano y sabio Nadir.

* * * * *

Shiva se levantó de la cama envolviendo sus curvas en la suave sábana de seda. Caminó con parsimonia hasta la terraza de la habitación mientras Luna, su perra dormía ajena a los movimientos de su dueña. Suspiró observando a Selene, la Luna. Odiaba esos días de nostalgia y añoranza en los que se sentía vulnerable e incompleta. Días en los que nada parecía estar bien.

Él estaba triste, podía sentirlo en su interior, como una marea negra y pegajosa que le provocaba escalofríos. Estaba triste y lejos.

—Mi señora ¿os encontráis bien? — preguntó un joven rubio y fornido acercándose por detrás.

—Descuida mi querido Fariam, estoy bien — dijo ella fingiendo una sonrisa.

—Os he notado ausente esta noche ¿Algo os perturba? — inquirió con tono dulce.

—Perdona mi actitud, te lo compensaré — dijo ella sin apartar la vista de La Luna.

—La Emperatriz de Maraúda no debe disculparse. Solo contadme, si tenéis a bien hacerlo, que apena vuestra alma — contestó él.

—El amor, Fariam, el amor — respondió en un suspiro.

—¡Oh! El señor — dijo él avergonzado.

—Está triste ¿sabes? Puedo sentirlo, pero, a pesar de ese vínculo, nada puedo hacer por ayudarlo y convertir sus tristezas en alegrías. Está tan lejos y lo extraño tanto que durmiendo sueño con él y despierta, él es mi sueño — aseguró con los ojos empañados.

Fariam guardó silencio pues no sabía cómo mitigar el dolor de su reina. Un tema de semejante magnitud era difícil de llevar, además él era solo un criado, no quería inmiscuirse en los asuntos de su señora sobre todo cuando desempeñaba el papel de su amante.

—¡Oh, Fariam! Perdóname. No era mi intención ofenderte hablándote de mi amor por Rick. Lo de hoy ha estado bien, prometo compensarte la siguiente vez. Ahora, por favor, retírate a descansar — dijo dulcemente.

El hizo una reverencia y se marchó tras vestirse. Ella continuó, sin más abrigo que la lujosa sabana, pensativa en el balcón y con la única compañía de su durmiente perra Luna (bautizada así debido a que compartía con el astro su mismo color blanco).

Miró encima de la torre, más arriba de la luna y vio una gran estrella brillante, el espíritu de Antonella, su madre, convertido en un astro inmortal.

Como te echo de menos madre, pensó. Ojalá estuvieras aquí y me dieras tu apoyo y cariño.

De pronto una estrella fugaz captó su atención y provocó que el llanto que trataba de contener, aflorara como un río desbocado. Esa estrella era preciosa como los ojos de su amado y sin dudarla pidió un deseo, lo que su alma tanto anhelaba.

* * * * *

Mientras su madre cocinaba afanada la cena para todos, los pequeños Jackson, Betsy y Noah Bunicount habían decidido ir a la casa que habían fabricado en un árbol muy próximo, junto a sus amigas Lisa y Clarisa. Se hallaban riendo, leyendo cuentos, jugando con sus juguetes y haciendo las típicas cosas que hacen los niños.

Betsy cerró su libro y lo dejó a un lado. Se levantó y se dirigió a la ventana esquivando a las gemelas que jugaban con sus muñecas en el suelo. Miró al cielo nocturno lleno de brillantes estrellas y no pudo evitar sentir nostalgia por su padre, que se hallaba en el campamento del señor del bosque Phyrexian, junto a los otros conejos elegidos, luchando contra los enemigos que querían hacerles daño. Lo echaba de menos y quería que volviera. De pronto vio una estrella fugaz surcar el cielo.

—¡Una estrella fugaz! — dijo.
—¿Dónde? — preguntó su hermano Noah.
—Allí está, la veo — dijo Jackson el mayor.
—Hay que pedir un deseo — recordó Lisa, una de las gemelas.

Todos cerraron los ojos y pidieron su más profundo deseo. Betsy, que su padre volviera. Noah que la cena fuese estofado de avellanas y zanahoria, Lisa y Clarisa pidieron no tener que separarse nunca, mientras Jackson rogó por vivir grandes aventuras y ser un héroe como su padre, sin saber que a veces los deseos se hacen realidad.

* * * * *

—¡Alerta! ¡Alerta! He localizado un objeto robótico desconocido acercándose a gran velocidad.

—¿De qué se trata Villia? — preguntó Aberdel mentalmente.
—No lo sé, señor, pero posee inteligencia y conciencia — dijo esta de la misma manera.
—¿Sabes dónde está?
—Mis coordenadas indican que caerá en la tierra de nadie, a las afueras de la ciudad — anunció Villia.
—Partiré allí de inmediato — sentenció Aberdel.

¿Un objeto volador no identificado? Un ser robótico desconocido. Era algo muy importante para dejarlo pasar. No sabía de qué se trataba, pero pronto lo averiguaría. Viajaría hasta el lugar con un escuadrón de SPR1G y escoltarían a la criatura al palacio para interrogarlo e investigarlo.

Hacía muy poco que había fundado la ciudad, Andronos se llamaba, y aún no disponía de todas las máquinas que su padre había inventado (aunque si las más importantes entre ellas Steel, su mascota base de datos) pero avanzaban a buen ritmo y al menos podían estudiar a la criatura y buscarle utilidad llegado el caso.

El único “pero” era la forma de crear y dar vida a toda esa gama de seres, para ello se necesitaba la ayuda de dos personas concretas: un enano y un mago. Por suerte, Tiberio (creador del diario y padre del robot Aberdel), antes de morir, había hecho llegar sus manuscritos a un enano llamado Benegord, que, tras leerlo, quedó fascinado y entendió que necesitaba magia para insuflar vida a dichas máquinas y realizar semejante proeza. Tarea que completó pactando con Cido un mago con ganas de superarse a sí mismo.

Junto a Aberdel, su primera creación juntos, comenzaron la edificación de un mundo perfecto, una utopía en la que los robots y los humanos pudieran vivir juntos y en armonía. No entendía muy bien cuál era el propósito de su padre, pero él lo cumpliría, por ser el primogénito, el primer robot, se lo debía.

El carruaje metálico se detuvo y un SPR1G abrió la puerta del carruaje. Los SPR1G eran soldados simples y comunes sin voluntad ni raciocinio, creados por centenares y encargados de proteger la ciudad y velar por el orden. Un modelo muy básico que cumplía su misión. Sistema de Protección Robótico de primera Generación, pues eran los primero que dieron el resultado que esperaban tras su creación.

—Hemos llegado señor — dijo con voz autómata.

Él se bajó del metálico y brillante carruaje y observó cómo su chofer abría la puerta del remolque para que bajara la tropa. Los robots se dispersaron, más allá no había nada.

—*Está a punto de caer* — le comunicó Villia.

Miró al cielo y lo vio: una preciosa estrella fugaz que crecía por momentos. La luz comenzó a ser cegadora hasta que golpeó el suelo creando una onda expansiva que destruyó gran parte del ejército. Para sorpresa de Aberdel, no se trataba de un meteoro sino de una nave espacial. La compuerta de esta se abrió con un gran esfuerzo pues el impacto la había dañado y tras una espesa nube de humo, salido seguramente del motor, apareció una silueta esbelta.

—Alto — dijeron los SPR1G. — No te muevas o dispararemos.

No obtuvieron más respuesta que una ráfaga de disparos de color naranja que los desintegró al instante. Luego caminó dejando ver su curvilíneo cuerpo. Estaba recubierto de un metal nunca visto y sus armas eran como traídas de otro planeta.

—Soy Blustero — dijo — y quiero hablar con vuestro líder.

—Yo soy Aberdel — respondió con su voz monocorde y metálica. — Yo soy el líder que buscas. Acompáñame.

Así pues, Blustero obedeció ante la inexpresiva mirada de Aberdel y regresó con este a Andronos sin percatarse ambos del suceso que tenía lugar a sus espaldas, entre la chatarra de la nave.

* * * * *

Amaranta se hallaba tan tranquila en su fortaleza situada en las Tierras Baldías, junto a sus originales y rechazadas criaturas, cuando un temblor sacudió el edificio. Pese a ser una poderosa maga, no le gustaba en demasía relacionarse con el resto del mundo y prefería la tranquilidad. Poseía el don de la proyección, un raro poder del que solo podían hacer gala ella y su hermano mayor Marín, y que les permitía cambiar la realidad a su antojo, creando o destruyendo.

A Amaranta le fascinaba crear, sobre todo seres raros y exóticos partiendo de la idea de seres más comunes, mezclándolos en su mente y plasmándolos con su don, dando como resultado maravillas nunca vistas.

Apenas unos segundos después, rápido como un rayo en una noche de tormenta, Jackmack, creado a partir de la imagen de un zorro y mejorado tanto en aspecto, como en cualidades, se encontraba reverenciando la presencia de su creadora.

—¿De qué se trata, querido? — preguntó ella.

—Una estrella caída, mi señora. Ha impactado en la tierra desértica, cerca de ese extraño y nuevo lugar, el de las máquinas — informó el zorro.

—Vaya — comentó Amaranta preocupada — espero que eso no cause problemas de ningún tipo

—Solo es una estrella — comentó Jackmack sin dejar de reverenciarla.

—No querido Jack. Cada cosa tiene su lugar. Las estrellas van en el cielo y si alguna de ella está ahora en la tierra... puede significar algo problemático.

—También hay una columna de humo al este, señora — añadió su informador — creo que es el volcán que se hallaba dormido.

—Pues parece ser que ha despertado y me temo que eso es solo el principio — suspiró Amaranta que conocía bien el secreto que guardaba aquel volcán.

* * * * *

—Bailad, bufón, o pongo más lava ardiendo bajo vuestros pies — Patrixia, la Reina del Fuego, se reía a carcajadas.

—Sois muy divertida, mi señora — dijo la mujer de su derecha.

—Gracias Amanda. Ya sabes que tengo mucho sentido del humor.

—Añadid más fuego querida, creo que su ánimo está decayendo — comentó Bianca, la consejera de su izquierda-

Mientras disfrutaban del espectáculo, una salamanquesa entró por la ventana con una rapidez pasmosa y corrió junto a Patrixia. Le susurró unas palabras a la reina provocando que su cara se tornase blanca y su risa se borrara de un plumazo.

Eliminó la lava que torturaba a su bufón dejándolo descansar y corrió a la ventana. El pueblo de Igneia, la capital de su país Ofreia, descansaba a los pies del castillo y aunque lo intentó repetidas veces, no consiguió distinguir nada en el cielo nocturno.

—¿Estás seguro de lo que dices? — preguntó seria.

—Seguro, una nube de humo en las Tierras Baldías del este — contestó la salamanquesa.

—¿Ocurre algo? — quiso saber una de sus consejeras.

—No, nada Bianca, nada en absoluto — dijo riendo otra vez — que siga la fiesta.

Todas sonrieron como si nada y regresaron a sus asientos. Amanda cruzó una mirada furtiva con la salamanquesa y asintió. Esta supo enseguida que la consejera real le estaba encomendando una misión: avisar a Vizuk de lo ocurrido.

* * * * *

Vendetta, Señor absoluto de la Oscuridad y Semidiós del Mal, se encontraba inquieto en el salón del trono de su castillo, el Bastión Hueco. No sabía muy bien por qué, pero no se hallaba bien. Algo lo reconcomía por dentro, sentía aún la necesidad de alimentarse.

Había tenido un día de lo más productivo causando estragos aquí y allá, alimentándose del terror y el pánico que causaba en el mundo. No podía quejarse respecto a la cantidad de alimento que recibía, pues tenía muchos esbirros haciendo el mal en su nombre y honrándole con una cantidad ingente de maldad. Pero la oscuridad sabía mejor cuando la causaba él, cuando venía de sus propias acciones. La noche había comenzado a asentarse, cubriendo todo con su manto de estrellas, con la deliciosa nocturnidad que tanto le agradaba. Era mucho más sencillo moverse a esas horas, hacer cualquier fechoría sin ser descubierto e, incluso, le beneficiaba a la hora de desplegar su magia para causar más pánico aún.

Pero ¿Qué podía hacer que lo terminara de saciar, al menos por ese día? Podría violar una virgen, aunque... eso era demasiado fácil.

Robar un bebe y sacrificarlo en una ofrenda... ¡no! Él debía recibir las ofrendas como Señor del Mal, no hacerlas.

¡Una masacre! Nada mejor para levantar el ánimo y dormir como un angelito que un buen derramamiento de sangre. La cuestión siguiente era dónde y a quién. En sus tierras, Barech, solo había dos pueblos a los que podía ir a divertirse sin que pasara nada. Uno de ellos estaba gobernado por un demonio con muy mala baba capaz de hacerle frente si paseaba su hermoso

semblante de porcelana por ahí. Solo le quedaba la segunda opción: Gondolia. Una ciudad otrora esplendorosa que perteneció al Señor del Bosque, antes de que la maldad de sus antecesores contaminara la zona y proclamara aquella parcela, junto con todo lo que había dentro, para sí mismos.

Decidido pues, envió a sus cuervos como aviso de su llegada. Le encantaba ver la cara que ponían los pueblerinos cuando oían graznar a Dilek y Masek, sus dos pájaros que presagiaban el desastre que estaba por acontecer. Luego se materializó en el lugar, emanando una maldad abrumadora.

Sus pequeños habían cumplido su cometido, pues no había un alma en las calles de Gondolia. Todos estaban refugiados en sus casas, aterrados, deseando no ser elegidos. Podía oler el miedo flotando en el aire y eso lo excitaba, provocándole una notoria erección. Caminó por varias callejuelas haciendo sonar sus zapatos contra los adoquines, tomándose su tiempo para encontrar a las víctimas perfectas, cuando, de pronto, el llanto de un infante rompió de forma abrupta la mortalidad silenciosa que reinaba en cada rincón. Siguió el sonido hasta dar con una modesta casa que en nada destacaba del resto.

Había varias personas dentro, destilando pánico puro por cada uno de sus poros. Esa era la casa indicada. El bebé no había dejado de llorar cuando sus pasos crujieron en la madera del porche delantero. Con un movimiento de su mano la puerta quedó reducida a astillas y dejó a la vista, en un rincón, a los cinco miembros de la familia que habitaban la casa.

El resto de vecinos solo pudieron oír gritos de terror y desesperación que fueron mermando en intensidad hasta que el silencio volvió a proclamarse rey. Cuando Vendetta se marchó del lugar, ni siquiera se oían los llantos del bebé.

* * * * *

Había transcurrido apenas una hora desde que Rick había sido coronado como el nuevo rey de Psicosis y ya se sentía agobiado. Su madre, Lucía, se había alegrado inmensamente al conocer la noticia, aunque siempre estuvo segura de cuál sería el resultado, sobre todo teniendo en cuenta quien era su abuela y que su abuelo formaba parte del antiguo consejo. Su voto e influencias tenían mucho peso. Tras algunos abrazos y palabras de ánimo, comenzó a organizar la agenda.

Al amanecer comenzaría a ejercer sus labores reales, empezando por la mudanza al castillo. Según su madre, todo gobernante que se precie debe tener un hogar digno que le honrara. Después volvería a ver a Nadir, el anciano mago y experto druida, para hablar de temas reales, legales y explicarle el funcionamiento de la ciudad a nivel legislativo. Era demasiado trabajo.

Solo quería tumbarse y descansar días enteros. Olvidarse de todo y estar con su amada.

Olvidala, ya sabes que no podéis veros, se dijo a sí mismo.

—¿Otra vez pensando en esa fulana? — dijo su hermana Marta a su espalda.

—Vaya, mira lo que ha traído el gato — dijo Rick.

—Hablando del gato ¿Dónde está ese idiota amante tuyo? — preguntó ella mirando en derredor.

—¿A qué has venido? — inquirió el seriamente.

—A felicitarte, por supuesto — caminó y se sentó en la cama — eres mi hermano.

—A otro con esas, Marta. Hace mucho tiempo que no me creo ni una sola de tus palabras — le recordó.

—Vaya que lástima, con lo que yo te quiero — dijo ella apenada.

—Lárgate, no me hagas usar mis poderes — advirtió él.

—No seas ridículo, soy más fuerte que tú y lo sabes. Solo quería felicitarte, lo juro y decirte que espero que te guste mi regalo de coronación — dijo ella.

—¿Qué regalo? ¿Qué has hecho, Marta? — preguntó inquieto.

—Aún no he hecho nada. Pero lo haré.

Acto seguido desapareció dejando solo esa mala sensación que siempre quedaba tras una de sus visitas. Era una zorra egoísta y altanera que no se casaban de atacar a su familia. Era triste, pero hacía tiempo que él y su propia madre la habían dado por perdida.

“Cada uno elige su destino”, decía siempre su madre y Marta había elegido el suyo, uno sin retorno ni marcha atrás. Solo podían rezar para que sus maldades no fueran demasiado grandes y provocaran males irreversibles.